

MICHEL PÊCHEUX, *Les vérités de La Palice*, Maspero, París, 1975,  
279 pp.

El autor de este libro es uno de los pioneros en el estudio de la teoría del discurso; en la actualidad es uno de los elementos importantes de la llamada escuela francesa de análisis del discurso y como tal participó en el simposio sobre el discurso político celebrado a fines del año pasado en esta Universidad.

Lo que Pêcheux intenta en este libro es cuestionar algunas de las evidencias en las que se basa la semántica, tal como se estudia en los tratados de lingüística. El punto de partida es que la semántica, más que ser una parte de la lingüística al mismo nivel que la fonología, la morfología y la sintaxis, constituye en realidad el punto de intersección de las contradicciones que atraviesan la lingüística. Es en ese punto de intersección donde esta disciplina se relaciona con la filosofía y con la ciencia de las formaciones sociales.

Este libro constituye un desarrollo y una ampliación de un ensayo publicado en 1971;<sup>1</sup> en este ensayo los autores sostienen una posición materialista, dentro de una teoría marxista de la ideología y de las ideologías respecto a lo que llamarán "procesos discursivos". Los elementos científicos que se proponen para analizar esos procesos se designan bajo el nombre global de "teoría del discurso".

El ensayo de 1971 postulaba que la obra de Saussure constituyó un cambio de problemática, una verdadera ruptura epistemológica que permitió la constitución de la fonología, la morfología y la sintaxis; sin embargo, en semántica no pudo evitar un retorno al empirismo. Lo que permitió este retorno fue el desarrollo de la fonología, pues ésta llegó a convertirse en modelo y, por medio de ella, a reinterpretarse las concepciones tradicionales de la semántica.

El núcleo de la ruptura saussuriana lo constituyó el principio de subordinación de la significación al valor. Este principio, que está muy relacionado con la idea de lengua como sistema, hizo posible que surgiera una teoría general de la lengua que permitió interpretar las peculiaridades fonológicas, morfológicas y sintácticas de los lenguas particulares. La subordinación de la

<sup>1</sup> C. Haroche, P. Henry, M. Pêcheux, "La sémantique et la coupure saussurienne: langue, langage, discours", en *Langages*, n° 24, 1971.

significación al valor tiene el efecto de evitar la intervención del sujeto, pues la significación es del orden del habla, sólo el valor concierne al sistema, es decir, a la lengua.

Los autores del citado ensayo se preguntan acerca de la diferencia entre la semántica y las otras ramas de la lingüística, y llegan a la conclusión de que, al contrario de lo que ocurre en la fonología, por ejemplo, el lazo que une las significaciones de un texto a sus condiciones socio-históricas no es secundario, sino constitutivo de esas mismas significaciones. Pero la cuestión de las significaciones no tiene lugar dentro de la problemática saussuriana en la medida en que conciernen al habla, fuera del todo homogéneo del sistema de la lengua.

La oposición lengua/habla fue por lo tanto necesaria históricamente para la constitución de la lingüística; sin embargo, también refleja una cierta ingenuidad de Saussure desde el punto de vista sociológico; la ingenuidad reposa en una ideología individualista y subjetivista de la creación. Esa pareja lengua/habla está muy cercana a la pareja creatividad/sistema, la cual tiene todas las propiedades de una pareja ideológica, pues cada uno de los términos presupone al otro.

El concepto de valor, como ya se mencionó, está ligado a la idea de la lengua como sistema, es decir, al principio de unidad de la lengua; este principio es el que funda la práctica del lingüista sobre el lenguaje. Toda la lingüística posterior a Saussure da prioridad a las operaciones en el interior de una misma lengua, es decir, al funcionamiento de las lenguas respecto a sí mismas en el marco de una lingüística general que es la teoría de ese funcionamiento. Para esto es esencial el principio de unidad de la lengua, pues lo que justifica las operaciones es la pertenencia a una misma lengua, a un mismo sistema.

Pero la puesta en acción del principio de unidad de la lengua para la constitución de la fonología o de la sintaxis, hace también intervenir criterios semánticos; es decir, el principio sólo funciona si algunos elementos semánticos se suponen conocidos. Sin embargo, ya no se trata de significaciones, puesto que éstas pertenecen al habla, sino de valores, de valores semánticos de la lengua. Esto implica una contradicción: por un lado, para la constitución de la lingüística como ciencia fue necesario hacer una distinción entre la significación y el valor, dejar en la lengua sólo lo sistematizable, el valor, y remitir la significación al habla. Por otro lado, para construir la semántica sobre el

modelo de la fonología es necesario anular esa distinción, pues se trata de sistematizar las significaciones. Esto plantea cuestiones teóricas serias.

Para salir de la contradicción, los autores introducen los conceptos de "formación ideológica" y "formación discursiva". Se habla de formación ideológica para caracterizar un elemento susceptible de intervenir como una fuerza confrontada con otras fuerzas en la coyuntura ideológica característica de una formación social; cada formación ideológica constituye un conjunto complejo de actitudes y de representaciones relacionadas con las posiciones de clase en conflicto. Estas formaciones ideológicas contienen como componentes una o varias formaciones discursivas interrelacionadas, que determinan lo que puede y debe ser dicho a partir de una posición dada en una coyuntura.

Toda formación discursiva surge de condiciones de producción específicas. La semántica capaz de describir una formación discursiva, así como las condiciones de paso de una formación a otra, no puede ser una semántica léxica, sino que debe dar cuenta de los procesos que rigen la selección de términos en una secuencia discursiva, y esto en función de las condiciones en que se produce esta secuencia. Los autores llaman semántica discursiva al análisis científico de los procesos que caracterizan una formación discursiva.

El libro objeto de esta nota parte entonces de que el dominio de la semántica no puede concebirse pura y simplemente como parte de la lingüística: una semántica interior a la lingüística, que descansa sobre una lógica universal y histórica, no es sólo teóricamente discutible sino también el origen de dificultades insuperables. De aquí la necesidad de la separación entre la lingüística y la semántica discursiva, es decir, la semántica determinada históricamente por las relaciones ideológicas inherentes a una formación social dada.

El marco epistemológico para el estudio del discurso, tal como se presenta en este ensayo, está dado en un artículo anterior del mismo autor, publicado en 1975.<sup>2</sup> Ese marco reside en la articulación de tres regiones: el materialismo histórico como teoría de las formaciones sociales y sus transformaciones, comprendiendo la teoría de las ideologías; la lingüística como teoría de los mecanismos sintácticos y de los procesos de la enunciación; la

<sup>2</sup> Pêcheux y Fuchs, "Mises au point et perspectives à propos de l'analyse automatique du discours", en *Langages*, 37, 1975.

teoría del discurso como teoría de la determinación histórica de los procesos semánticos. Esas tres regiones se articulan por referencia a una teoría de la subjetividad, de naturaleza psicoanalítica.

El primer capítulo del libro, titulado "Lingüística, lógica y filosofía del lenguaje", empieza con una reseña histórica de las relaciones entre lógica y retórica. Para la escuela de Port-Royal, la lógica es el fundamento, y el "arte de hablar" tiene que conformarse a las reglas que lo constituyen, en tanto que reglas inmanentes del orden de las esencias. Esa subordinación del habla a lo que permite formularla se señala por la relación que mantiene el sujeto con su discurso: el sujeto depende de su enunciado, no es más que el efecto de una regla.

Leibniz, tomando en cuenta la cuestión del origen de las lenguas, llega a la tesis de que las ideas vienen de las necesidades y de los sentidos. Aquí el sujeto, antes subordinado a su discurso, se convierte en el origen de su discurso.

La categoría de subjetividad aparece en Kant por medio de la cuestión de la inherencia del predicado al sujeto (o concepto) al que se aplica. Para Kant, el juicio analítico consiste en tomar conciencia de una relación necesaria inscrita en el concepto mismo; por el contrario, el juicio sintético es un acto del sujeto que relaciona el concepto y algo externo a él. Esa noción de acto del sujeto constituye la base del pensamiento moderno.

En Husserl surge la nueva oposición objetivo/subjetivo: una expresión es objetiva cuando su significación depende de su realidad de fenómeno fónico y cuando pueda comprenderse sin necesidad de considerar la persona que la expresa ni las circunstancias. Es subjetiva cuando pertenece a un grupo que presenta una unidad conceptual de significación posible, de manera que esta expresión oriente su significación según la ocasión, según la persona que habla o según la situación. Husserl hace de la conciencia el origen de las representaciones del sujeto; por el contrario, Frege dice que si las representaciones están ligadas al sujeto, lo son en tanto que éste es su portador; es decir, las representaciones no pueden encontrar un origen en el sujeto. Históricamente, la concepción de Husserl ha dominado a la de Frege, dando lugar al mito romántico de la creación y del autor.

Las teorías semánticas contemporáneas, de Harris a Chomsky, se plantean todas sobre el antiguo terreno, desde Port-Royal hasta la fenomenología. Tanto las semánticas estructurales como

las generativas tienen puntos en común: ambas reposan sobre la idea de una combinatoria semántica susceptible de determinar los significados de un enunciado: el sistema de los *semantic markers* es análogo al sistema de la lengua. Pero esta perspectiva encuentra sus límites en el contexto y en la situación, los cuales constituyen un "sobrante" cuya reabsorción es imposible. De ahí que se tenga que recurrir a los rasgos semánticos contextuales o a los *distinguishers*. Otro punto en común es la consideración de la teoría de la enunciación como teoría de ese "sobrante". Por lo tanto, el panorama no ha cambiado mucho, pues las teorías semánticas actuales siguen dentro de la problemática anterior a Frege.

Para Pêcheux, el medio de salida de esa problemática es la consideración de una de las tesis del materialismo dialéctico, que dice que el objeto real existe independientemente del hecho de que sea o no conocido, es decir, independientemente de la producción o no producción del objeto de conocimiento. Por esta razón es importante el planteamiento de Frege: cuando afirma que el sujeto sólo es el portador del objeto de su pensamiento, está planteando la independencia del mundo exterior respecto al sujeto.

El capítulo II habla de la relación entre lengua e ideología. Dice ahí que la lengua es la base común de los procesos discursivos; por medio de la oposición base lingüística/proceso discursivo quiere señalar que todo sistema lingüístico, en tanto que conjunto de estructuras fonológicas y sintácticas, posee una autonomía relativa que lo somete a leyes internas, las cuales constituyen el objeto de la lingüística. Sobre la base de esas leyes internas se desarrollan los procesos discursivos, y no como la expresión de un puro pensamiento que utilizaría incidentalmente los sistemas lingüísticos. El discurso no es el habla, es decir, no es una manera individual de hacer "concreta" la "abstracción" de la lengua; no se trata de un uso o de la realización de una función. Por el contrario, el concepto de proceso discursivo pone en su lugar la noción ideológica de "habla" y el antropologismo sociologista que vehicula. Las contradicciones ideológicas que se desarrollan a través de la lengua están formadas por las relaciones contradictorias que existen necesariamente entre los procesos discursivos, en tanto que se inscriben en relaciones ideológicas de clases.

Uno de los puntos fundamentales de articulación de la teoría

de los discursos con la lingüística es la cuestión de lo preconstruido. Por preconstruido se entiende lo que remite a una construcción anterior, exterior, o en todo caso independiente respecto a lo construido en el enunciado. Se trata del efecto discursivo ligado al encajonamiento sintáctico.

Por oposición al funcionamiento de lo preconstruido, que da su objeto al pensamiento bajo la modalidad de la exterioridad y de la preexistencia, la articulación de las proposiciones constituye una especie de regreso del saber en el pensamiento, la cual produce una apelación sobre la que se apoya la toma de posición del sujeto.

La referencia a lo preconstruido y a la articulación es para demostrar que el funcionamiento lógico lingüístico no es neutro respecto a la ideología; los mecanismos de esta última ponen en juego relaciones que toman la forma de "preconstruido" y de "articulación". En el interior de esas relaciones se constituye lo pensable, enmascarado por la concepción lógico-lingüística de esos mecanismos. Examinar lo pensable supone el examen de la relación del sujeto con lo que lo representa, lo cual presenta dificultades: el principal obstáculo reside en la noción ideológica de sujeto como punto de partida y punto de aplicación de operaciones. Una teoría materialista del proceso discursivo no puede quedarse en la reproducción del sujeto ideológico.

Los ensayos de Althusser<sup>3</sup> han planteado los fundamentos de una teoría no subjetiva del sujeto como teoría de las condiciones ideológicas de la reproducción/transformación de las relaciones de producción. Por medio de esta teoría empieza a aclararse la relación entre inconsciente, en el sentido freudiano, e ideología, en el sentido marxista. El punto central de esta teoría es la tesis según la cual "la ideología interpela a los individuos en sujetos": el individuo es interpelado en sujeto libre para que se someta libremente a las órdenes del Sujeto, para que acepte libremente su sujetamiento. Ese sujeto con S es lo que Lacan designa como el Otro cuando dice: "el inconsciente es el discurso del Otro". Por lo tanto, represión inconsciente y sujetamiento ideológico están unidos en el interior del proceso del Significante en la interpelación e identificación, proceso me-

<sup>3</sup> L. Althusser, *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Ed. Siglo XXI, 1974.

———, *Elementos de autocrítica*, Ed. Diez, 1975.

———, "Ideología y aparatos ideológicos del Estado", en *La filosofía como arma de la revolución*, Cuadernos de Pasado y Presente, 1975.

dante el cual se realizan las condiciones ideológicas de la reproducción/transformación de las relaciones de producción.

En el capítulo III, Pêcheux aborda las condiciones ideológicas de reproducción/transformación, tomando en cuenta lo que Althusser llama "Aparatos ideológicos de Estado". Aquí es necesario hacer una referencia al ensayo de 1975, citado anteriormente, para ver los antecedentes de esta posición. Ahí afirma que no es posible considerar la ideología como la pura expresión de la base económica, que la ideología no está formada por la "esfera de las ideas", por encima de las cosas y de los hechos económicos: la región de la ideología se caracteriza por una materialidad específica, articulada sobre la materialidad económica. La instancia ideológica está determinada, pero sólo en última instancia, por lo económico en la medida en que aparece como una de las condiciones de la reproducción de las relaciones de producción. La modalidad de funcionamiento de la instancia ideológica consiste en lo que Althusser ha llamado la interpelación o sujetación del sujeto como sujeto ideológico, de modo que cada individuo sea conducido sin que lo perciba, como si ejerciera su libre voluntad, a tomar su lugar en una u otra de las clases sociales antagonistas. Esa reproducción continua de las relaciones de clases se asegura materialmente por la existencia de realidades complejas: los aparatos ideológicos del Estado, los cuales se caracterizan porque ponen en juego prácticas asociadas a lugares que remiten a las relaciones de clase. En un momento dado, las relaciones de clase se caracterizan por el enfrentamiento en el interior de esos aparatos de relaciones políticas e ideológicas, que se organizan en formaciones ideológicas, las cuales tienen entre sí relaciones de antagonismo, de alianza o de dominación. La ideología interpela a los individuos en sujetos: esta ley constitutiva de la Ideología no se realiza "en general", sino por medio de un conjunto complejo de formaciones ideológicas que desempeñan un papel desigual en cada fase histórica en la reproducción y transformación de las relaciones de producción. En la realización de esas formaciones ideológicas intervienen como componentes las formaciones discursivas, combinadas cada vez en formas específicas.

Todo el capítulo III de *Les vérités de La Palice* es un desarrollo de los planteamientos del citado artículo. Ahí establece que la tesis fundamental de Althusser sobre la ideología abre la problemática de una teoría materialista de los procesos discursivos.

sivos, articulada sobre las condiciones ideológicas de la reproducción/transformación de las relaciones de producción. Esa tesis permite ver que no hay prácticas más que por y bajo una ideología, y que no hay ideología más que por el sujeto y para los sujetos. La categoría de sujeto es, por lo tanto, la categoría constitutiva de toda ideología. Pero hay que hacer otras precisiones.

La Ideología en general —de la que los aparatos ideológicos del Estado no son la realización, de modo que no coincide con una formación ideológica concreta—, tampoco es la ideología dominante, forma histórica concreta resultante de las relaciones que caracterizan, en una formación social dada, el todo complejo de formaciones ideológicas que allí funcionan. Las ideologías tienen una historia puesto que tienen una existencia histórica concreta; La Ideología no tiene historia en tanto que se caracteriza por una estructura y un funcionamiento tales que la hacen en realidad no histórica: esa estructura y ese funcionamiento son inmutables. Este enunciado —la Ideología no tiene historia— es paralelo al de Freud: el Inconsciente es eterno. No es casual el encuentro de estas dos categorías, pues ambas tienen un carácter común.

La evidencia espontánea del sujeto como origen o causa, está cercana a otra evidencia, la del significado: la cuestión de la constitución del significado está unida a la de la constitución del sujeto. En el ensayo de 1975 dice que la evidencia según la cual un texto está asociado a un significado es una ilusión constitutiva del efecto sujeto respecto al lenguaje, y contribuye en ese dominio a producir el efecto de sujetamiento. Añade que el significado de una secuencia no es concebible más que en la medida en que se conciba como parte de una u otra formación discursiva. Esta pertenencia a una formación discursiva es rechazada por el sujeto y recubierta por la ilusión de que el sujeto está en el origen del significado, bajo la forma de aprehensión de un significado universal. En el libro que se presenta, estos conceptos se profundizan: dice que el significado no existe en sí mismo (sea de palabras, expresiones, proposiciones, etc.), sino que está determinado por las posiciones ideológicas puestas en juego en los procesos sociales en que se producen esas palabras, expresiones o proposiciones. El significado cambia según las posiciones de quienes las emplean, es decir, respecto a las formaciones ideológicas donde esas posiciones se inscriben. Por lo tan-

to, una formación discursiva es lo que determina lo que puede y debe ser dicho en una formación ideológica dada.

Los individuos son interpelados en sujetos hablantes (en sujetos de su discurso) por las formaciones ideológicas que les corresponden. Si una misma palabra puede recibir significados diferentes de acuerdo con la formación discursiva, es porque no tiene significado propio, sino que se constituye en cada formación discursiva en las relaciones que tiene con las otras palabras de la misma formación.

La constitución de los individuos en sujetos de su discurso se realiza por medio del complejo de formaciones ideológicas y proporciona a cada sujeto su "realidad" en tanto que sistema de evidencias y de significaciones percibidas-aceptadas-sufridas. Esa constitución del individuo en sujeto se efectúa por la identificación del sujeto con la formación discursiva que lo domina, es decir, con la formación en la cual se constituye como sujeto.

El capítulo IV plantea algunos puntos importantes relacionados con el proceso de producción de conocimientos y con la práctica política. Estos aspectos no se reseñan aquí por estar un poco más alejados de la relación entre la semántica y la teoría del discurso.

El cuestionamiento de la semántica es uno de los temas siempre presentes a lo largo de la obra de Pêcheux, desde su primer libro, que data de 1969.<sup>4</sup> La consideración de la lengua como el lugar material donde se realizan los efectos de significación, hace que esa materialidad se convierte en punto central de la lingüística. La solución no es introducir una "concepción del mundo" que descansa en una semántica universal, pues esto incluiría en el funcionamiento de la lengua a los procesos discursivos históricamente determinados. Estos procesos podrían considerarse dentro de la lengua sólo en el caso de identificar lengua e ideología. No sólo no es posible identificarlas sino que, al contrario, es necesario distinguirlas, pues esto nos permite introducir en la lingüística los procesos de enunciación. Al considerar los procesos de enunciación, Pêcheux asume una posición crítica respecto a las formulaciones de los filósofos analíticos de Oxford y a las de Ducrot. Dice en *Mises au point...* que si se define la enunciación como la relación siempre presente del sujeto enunciador en su enunciado, eso constituye en el nivel de la lengua una nueva forma de ilusión según la cual el su-

<sup>4</sup> M. Pêcheux, *Analyse automatique du discours*. Dunod, 1969.

jeto se encuentra en el origen del significado. Señala ahí mismo que la dificultad de las teorías de la enunciación reside en que reflejan la ilusión constitutiva del sujeto, es decir, reproducen a nivel teórico la ilusión del sujeto, por medio de la idea de un sujeto enunciador portador de elecciones, intenciones, decisiones, etc. Al introducir el funcionamiento material de las relaciones sintácticas respecto a sí mismas, los procesos de enunciación pasan a ser una serie de determinaciones sucesivas por las cuales el enunciado se constituye poco a poco, y que tienen la característica de situar lo "dicho" y de rechazar lo "no dicho".

La introducción de los procesos de enunciación en la lingüística induce algunas modificaciones, pues el léxico ya no puede verse como un *stock* de unidades, como una lista de morfemas sin conexión con la sintaxis, sino como un conjunto estructurado de elementos articulados sobre la sintaxis. La sintaxis ya no es el dominio neutro de reglas formales, sino el modo de organización (propio de una lengua dada) de las huellas de las marcas enunciativas. Es decir, las construcciones sintácticas tienen también una significación.

Entre las conclusiones a las que llega Pêcheux, están las siguientes: Lo que se designa con el nombre de semántica no forma parte de la lingüística al mismo nivel que la fonología, la morfología y la sintaxis. Esto no quiere decir que la semántica no tenga nada que ver con la lingüística, sino más bien que el modo como tiene que ver con ella es radicalmente distinto del caso de las otras ramas. La noción saussuriana de habla es el eslabón más débil del aparato científico elaborado por Saussure; el habla no es un concepto ligado dialécticamente al concepto de lengua, es más bien un puro excipiente ideológico. La contradicción entre sistema de la lengua y habla del sujeto es la contradicción de la cual vive la lingüística desde Saussure; al no poder resolverla, está condenada a regresar hasta antes de la ruptura que la inaugura por una especie de retorno de lo reprimido cuyo núcleo es la semántica, articulado sobre la pareja lengua/habla. Esta contradicción no tiene siquiera oportunidad de ser realmente abordada si no se rompe con el marco empírico-formalista de la antropología filosófica. La finalidad de este estudio de Pêcheux es mostrar cómo las posiciones filosóficas del marxismo-leninismo pueden alcanzar el nudo esa contradicción.

CÉSAR E. GONZÁLEZ OCHOA